



EL

PALACIO DE LA VERDAD

CUENTO MORAL

No há muchos años que en una region no conocida de los viajantes habia una bellissima Reina llamada Altemira, la cual casó con el amable y tierno Fanor, el mas hermoso de todos los Genios. La noche misma del feliz dia de su himeneo manifestó la Reina un vivo deseo de que el Genio la llevase á sus estados. Suspiró Fanor, y mirándola tiernamente le dijo : Conténtate con el imperio que tienes en tantos fieles vasallos, y mucho mas en mi amante corazon. No me es posible llevarte á mi palacio; pero no volveré á él, puesto que no puedes habitarlo : no exijas mas de mí, ni me preguntes... — ¿Pues cómo, señor? interrumpió Altemira, ¿no he de ver nunca ese palacio? — Espero, le respondió Fanor sonriéndose, que algun dia podrás verlo. — ¿En qué tiempo? replicó vivamente la Reina. — Den-

tro de diez y seis años, si conservas hasta entónces ese deseo. — ¡Diez y seis años, justo cielo! — Hasta entónces no hablemos mas de ello. Debo por tu bien y por el mio ocultarte este secreto; y todos tus esfuerzos para que lo revele serán vanos.

Era la Reina sumamente curiosa; se quejó, se afligió, lloró, pero Fanor se mantuvo inflexible. El único pesar que tuvo Altemira fué el de tener un marido tan callado: los dos esposos se amaban tiernamente, y hubieran sido del todo felices, á no ser por la curiosidad é incesantes preguntas de la Reina acerca del misterioso palacio del Genio.

Parió Altemira una niña, á la cual dotó el Genio de todas las gracias y perfecciones. Apénas llegó Zeólida (que así se llamaba la jóven Princesa) á los catorce años, cuando la Reina y el Genio se ocuparon en el cuidado de buscarle un esposo digno de ella: recayó su eleccion en el Príncipe Filamir, el cual adoraba á Zeólida. Consultaron á la jóven Princesa, y ella muy vergonzosa declaró que preferia á Filamir entre todos los que aspiraban á su mano. La Reina, que veia acercarse con inexplicable gozo el instante en que, conforme á la promesa del Genio, veria satisfecha su curiosidad, determinó no casar á su hija hasta tanto que hubiese visto el palacio del Genio, y que estuviesen de vuelta en su reino: llegó por fin aquel instante tan deseado.

Habia ya diez y seis años que la Reina estaba casada, con cuyo motivo instó á Fanor á que la llevase á su palacio. Mañana, le dijo él, si persistes en esta resolucion, despues de haber oido lo que tengo que revelarte; esta noche sabrás mi secreto. Pidió la Reina que Zeólida estuviese presente á aquella conversacion, y aunque Fanor lo rehusaba, tuvo que ceder á las vivas instancias de la Reina. Al anocheçer fué al cuarto de Altemira, y sentándose entre las dos Princesas les refirió su historia en estos términos:

HISTORIA DEL GENIO FANOR

Nací con las pasiones muy vivas: nuestro arte, que nos hace tan superiores á los mortales, no tiene dominio alguno en el corazon, y el Genio mi padre vió con gran pesar que me serian precisos algunos centenares de años para ser feliz y juicioso. Entre tanto me

enamoré de una Encantadora mucho ménos jóven que yo, y mas famosa por su talento que por su belleza. Esta primera eleccion me hizo mucho honor. Prudina (este era el nombre de la Encantadora) gozaba de una reputacion sin mancha, y se la citaba por modelo de circunspeccion, de prudencia y sabiduría. Era tan perspicaz, que conoció mis sentimientos aun ántes que yo mismo: me hizo saber que yo la amaba; estuve por asegurarle que estaba equivocada; no obstante, como me inspiraba mucha confianza quise examinarme de nuevo. Al tiempo mismo que me reñia una pasion que llamaba *locura de niño*, me manifestaba tanto agrado y cariño, que el único fruto que saqué de sus sermones fué la esperanza de que no me sería imposible el conseguir que me amase, y esta esperanza hizo nacer el amor que ella habia previsto mas bien que adivinado. Al cabo de algun tiempo me atreví á suplicar á Prudina que se explicase, y ella me confesó que correspondia á mi afecto. Loco de mi dicha hablé de casamiento; Prudina me declaró que no se casaria conmigo hasta haber acrisolado mi constancia: me hizo prometer al mismo tiempo que á nadie descubriria las esperanzas que me daba, me encareció las delicias de un amor secreto, y como nunca he sido necio presumido obtuvo sin dificultad lo que me pedia, ignorando el universo entero nuestra amante inteligencia.

Una noche que envuelto en una nube atravesaba los aires para ir al palacio de Prudina, oí unos gritos tan dolorosos, que moviéndome á compasion me obligaron á detenerme: vi una numerosa comitiva de caballos y coches, y un gran numero de esclavos alumbrando con hachas encendidas: distinguí entre toda esta gente á un jóven de peregrina hermosura, que me pareció ser dueño de los demas; este se desesperaba, y toda su comitiva repetia sus lamentos, lo que presentaba el espectáculo mas doloroso. Haciéndome visible me di á conocer, y dirigiéndome en particular al jóven, le pregunté la causa de tan gran dolor. Yo soy, me respondió, el Príncipe Zimis; adoro desde mi infancia á la hermosa Princesa Eliana: ya se habian convenido nuestros padres, cuando el cruel Genio Fórmidas la vió por mi desgracia, y desde entónces se declaró mi rival. Eliana le hizo padecer tantos desprecios que al fin aparentó apartarse de su empeño: aprovechéme de aquella ocasion, y con la escolta que veis fuí á buscar á la Princesa para desposarme con ella y llevármela á mis estados; pero al atravesar este monte, de improviso se nos puso

delante el bárbaro y alevoso Fórmidas, y á pesar de mi valor y resistencia me arrebató de entre los brazos á mi querida Eliana... Tres dias hace que sigo los pasos del robador de mi alma; pero ya finalmente el cansancio nos ha obligado á detenernos aquí, y conozco que mi desesperacion dará aquí tambien fin á mi desgraciada vida.

Esta narracion me compadeció : consolé al Principe Zimis, asegurándole que la Princesa volveria á su poder. Vuélvete, le dije, á tus estados : ántes de que salga el sol habrás visto á Eliana; mi poder es superior al de tu enemigo. A Dios, y fia en mí el cuidado de tu venganza. Al acabar estas palabras me elevé por los aires, y en breve perdí de vista al Principe Zimis y á su comitiva.

Consagré á la beneficencia aquella noche destinada al amor : en vez de ir al palacio de Prudina fuí al del Rey de los Genios; referile la interesante historia de Eliana y de su amante, y le supliqué librase á la Princesa de la tiranía de Fórmidas. Nuestro angusto monarca me cogió de la mano y me dijo : Sígueme, voy á darte algunas luces acerca del paradero de Eliana, pero te cedo la gloria de finalizar esta aventura. Dicho esto me condujo á un magnífico salon adornado de una multitud de hermosos espejos. El Genio tocó á uno de ellos con una varita de oro. Ahora vamos á ver, me dijo, lo que está haciendo Eliana, á fin de proporcionar nuestros socorros y actividad con el peligro de su situacion.

Al paso que esto decia iba tomando color el cristal, y á breve rato representó una bellísima jóven : Esa que ves es Eliana; me dijo el Genio; pero mira en lo que se ocupa. Entónces vi, no sin asombro, á Eliana sola en un jardin, puesta sobre un columpio, bamboleándose hasta las nubes y llorando tan amargamente, que confieso me enternecí. Mi sorpresa hizo sonreir al Genio, el cual sacudiendo la cabeza de un modo misterioso me dijo : Descubrirás en breve otras cosas mas extraordinarias : toma este talisman que te trasportará cuando lo desees al sitio en donde está presa Eliana; pero ármate de valor y de serenidad, bien habrás menester de uno y otro; bien que si consigues dar fin glorioso á esta peligrosa empresa, prometo otorgarte la recompensa que me pidas. Diciendo esto se fué y me dejó solo : viéndome yo dueño del talisman deseé trasportarme al punto mismo á la prision de Eliana. En el mismo instante me hallé en un soberbio jardin; oí hablar, me paré, miré al rededor de mí,

y con la hermosa claridad de la luna advertí á alguna distancia á la bella Eliana que habia visto en el espejo : estaba precisamente en la misma situacion columpiándose con todas sus fuerzas; no acababa yo de comprender la causa de este furor de bambolearse. Estaba la Princesa en conversacion con un gracioso Sílfido¹, que hablaba á la sazón : Bien sé, le decia, que es conveniente bambolear de cuando en cuando; pero siempre dar vueltas á todas las proposiciones que se le puedan á Vd. hacer, y en la edad mas florida, convengo en que es cosa muy cruel...

¡Ah Zumio, replicó la Princesa, qué feliz eres en conservar tu alegría y buen humor; te hallas, es cierto, privado como yo de la libertad, pero á lo ménos no te tratan con tanta crueldad!... ¡si estuvieses en mi lugar!... ¡Oh Genio cruel! ¡Oh Encantadora mucho mas cruel! ¡á qué suplicio tan bárbaro y extraño me habéis condenado!... No pudo continuar la Princesa estas amargas quejas, porque en aquel instante dió su columpio un vaiven tan rápido é impetuoso, que le privó de la respiracion y del habla.

Entónces acabé de conocer que la desgraciada Eliana estaba encantada sobre aquel fatal columpio; acerquéme á ella y le di nuevas de su amante; me obligué á ponerla en libertad, y le rogué me instruyese de todo lo que yo ignoraba. ¡Ah señor! me dijo, mucho temo que no podáis destruir este encantamiento, que la venganza y los zelos han imaginado, y que os acobarden las condiciones que se han de cumplir para deshacerlo.

Mi historia es esta : el cruel Fórmidas, despues de haberme arrancado de entre los brazos de mi esposo, me condujo á su palacio; quise matarme, y sin duda me hubiera precipitado á algun arroyo funesto, cuando de improviso se entreabrió el techo de la sala en donde estábamos : levanté los ojos, y vi bajar una mujer, ó mas bien una furia, sobre un carro de ébano, tirado por dos murciélagos de monstruoso tamaño; entónces la terrible Encantadora con voz amenazante prorumpió en estas palabras : ¡Así me abandonas, pérfido? ¡Á mí, que por ti tengo engañado al mas bello de los Genios! ¡una mortal infeliz es el objeto que me prefieres! Sabe pues, ingrato, que

¹ Llámense Sílfidos ó Genios á los espíritus que se crean en los cuentos de encantos; bien que parece hay alguna diferencia en estos dos nombres : se entiende por Genio unos espíritus divididos en buenos y malos, que se ocupan los unos en favorecer á los hombres, y los otros en dañarles; y Sílfidos se llaman á otros espíritus subalternos de estos, y sin tanto poder como ellos.

es imposible engañarme; pero si quieres alcanzar tu perdón entrégame esa Princesa, te prometo no quitarle la vida: considera que te aborrece, que yo te amo y que soy capaz de todo por vengarme de un infiel.

Atemorizado Fórmidas convino en volver á su primer yugo. Me puso entre las manos de la Encantadora; al punto voló el carro por los aires, y en ménos de tres minutos llegamos aquí y nos apeamos en este jardín: entónces intenté ablandar el ánimo de la Encantadora; me arrojé á sus piés, y la supliqué con lágrimas me volviese á mi amante. Despues de un rato de silencio me alzó del suelo diciéndome: Princesa, no soy vengativa, y con solo que convengas en satisfacer un capricho que me ocurre ahora mismo, fácilmente olvidaré lo que ha pasado. Me divierte mucho el columpio; aquí hay uno, ponte en él, y eso es lo único que exijo de ti. Aunque esta idea me pareció ridícula, me tuve por muy feliz de verme libre á tan poca costa, y así obedecí sin tardanza. Pero apénas me hube sentado, cuando la Encantadora pronunció con voz terrible estas palabras: Te condeno á columpiar treinta años seguidos, á ménos que uno de mis amantes deje de amarme ó consiga engañarme sin que yo lo sepa. En aquel instante se meneó el columpio por sí solo y con tal violencia, que el sacudimiento me hizo desmayar: vino á socorrerme Zumio, que es este gracioso Silfido que veis... Luego que volví en mí me entregué á la desesperacion mas violenta; pero acordándome despues de las últimas palabras de la Encantadora me quieté algun tanto: Puesto que tiene mas de un amante, decia yo, no puede ménos de que la engañe alguno de ellos. No hay duda, me respondió Zumio, pero es preciso saber que tiene una sortija de turquesa que se pone amarilla como un oro á la menor infidelidad de alguno de sus amantes, ó cuando alguno de ellos deja de amarla. Lleva siempre puesta esta sortija, y temiendo que no se la hurten por la noche miéntras duerme, ántes de acostarse la encierra en un cofrecito de bronce, y lo pone en lo mas profundo de una cueva que tiene en este jardín: la entrada de esta cueva está guardada por doce monstruosos cocodrilos, cuatro basiliscos y seis dragones, cuyas gargantas espantosas, semejantes á los volcanes mas terribles, vomitan llamas voraces, y arrojan á lo léjos piedras ardiendo.

Á este tiempo tomó el Silfido la palabra: Sí, Señor, añadió, estos

son los peligros que os esperan; pero tambien, ¿qué gloria podria compararse á la vuestra? Estos jardines encantados están llenos de las mas bellas Princesas del universo, que la zelosa Encantadora tiene presas y condenadas á varios suplicios. Si esta malévola se hubiese contentado con quitar del mundo no mas que á sus competidoras, mas de cuatro mujeres comprenderian muy bien su crueldad, y aun quizas la imitarian; pero ha quitado todas las personas que podian ofuscarla de cualquier manera: envidiosa del talento, de las habilidades, de la hermosura y aun de las virtudes, no es menester para conciliarse su odio y enemistad mas causa que una reputacion brillante, y un aplauso general. Tambien soy yo, prosiguió Zumio, una de sus víctimas; en otros tiempos fui su paje, y me confiaba los asuntos mas secretos, pero quiso mi desgracia que formase algunas dudas sobre mi prudencia, y me desterró á esta triste mansion.

En este punto interrumpí á Zumio diciéndole: Hazme el favor de decirme el nombre de ese monstruo, de esa abominable Encantadora... ¡Ah, señor, respondió Zumio, conozco que os ha de causar mucho espanto el saberlo, porque es tan artificiosa y astuta como malvada, y cuando yo estaba en el mundo la veia muy respetada y cortejada de los Genios mas grandes, que eran bastante simples para creer bajo su palabra, que poseia todas las virtudes. En fin, señor, nuestra perseguidora es la famosa y recatada Prudina... Al oír este nombre me quedé petrificado; no hallaba expresion suficiente para pintar el exceso de mi sorpresa é indignacion. Pero en breve ocupando el furor el lugar de aquel primer embelesamiento exclamé con despecho: Sí, yo os prometo una pronta venganza, ya es mia vuestra causa. á Dios, Princesa, á Dios, Zumio, dentro de dos horas estaréis libres.

Al punto mismo me aparto de ellos, y por la virtud de mi talisman me hallé á la puerta de la formidable cueva que ocultaba el tesoro de mi pérfida amante. Quiero excusaros la relacion de los combates que tuve que vencer; baste decir que la venganza, la cólera y el odio me animaban, con que para triunfar aun me sobraba el ser Genio é inmortal. Exterminé todos los monstruos, hice mil pedazos las puertas de la cueva, me apoderé del cofrecito; rompí su cerradura, saqué la preciosa sortija, que con efecto estaba amarilla como el oro, y me la puse en el dedo con el firme propósito de

no apartarla de mí jamás. Al instante mismo resonaron los jardines con mil gritos de alegría, oí repetir por todas partes : ¡ *Libertad, libertad!* ; *gracias al Genio Fanor!* ; *libertad, libertad!* Salí de la cueva y vi el jardín lleno de mujeres vestidas de distintas formas, pero casi todas jóvenes y hermosas; corrían, se abrazaban y volvían á gritar con todas sus fuerzas : ¡ *Libertad, libertad!* ; *gracias al Genio Fanor!* Á este tiempo empezaba ya á amanecer; entre aquella multitud descubrí á la hermosa Eliana apoyada sobre el brazo de Zumio; luego que me vió vino á echarse á mis piés gritando : Aquí está nuestro libertador. Al instante me vi cercado de todas sus compañeras; unas me apretaban las manos, otras me abrazaban, y una de ellas subida sobre mis hombros no cesaba de gritarme al oído con voz penetrante : ¡ *Libertad, libertad!*

Todas repetían este adagio con un ahinco y enajenación inexplicable, de modo que á pesar de toda mi gloria estaba atolondrado; cuando de repente se nos presentó el poderoso Rey de los Genios montado sobre un elefante blanco. Impuso silencio al alborotado concurso, y volviéndose á mí me dijo : Fanor, te hago árbitro de la suerte de Prudina; tú mismo has de pronunciar su sentencia. Señor, respondí yo, puesto que se ve descubierta no pido otra venganza; sea su mayor castigo su propia vergüenza y el público desprecio; pero os suplico que os dignéis amparar á estas desgraciadas víctimas de sus injustos zelos; volvedlas á sus patrias y á sus amantes; disponed que al punto mismo cada cual sea trasportada al paraje que desea. Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando el Genio extendió su cetro hácia la asamblea; en el mismo instante desaparecieron todas aquellas mujeres, y el Genio prosiguió : Te he prometido una recompensa; estoy pronto á cumplir lo que he ofrecido; pero piénsalo bien ántes de pedir nada, y cuando hayas hecho todas las reflexiones que quieras, ve á verme á mi palacio.

Fuese el Genio despues de haberme dado este consejo tan lleno de prudencia. Ya iba yo también á apartarme para siempre de aquel funesto sitio en donde todo me presentaba recuerdos pesados, á tiempo que vi á Zumio detras de un árbol, hablando con la mujer mas hermosa y llena de gracias que habia yo visto hasta entónces. Señor, me dijo Zumio, aun estoy aquí, porque hago ánimo de no separarme de vos si así me lo permitís; en cuanto á esta jóven belleza, ella misma os referirá su historia si lo deseáis. No hay duda,

dije yo al instante : al oirme se sonrió la amable incógnita : sentéme á su lado, y le rogué me hablase con confianza, haciéndome sabedor de la causa que tenia para quedarse en aquel jardín. Todas mis compañeras, me respondió, tienen esposo ó amantes cuya vista apetece con ánsia : yo admiro su constancia, mas no me precio de imitarlas.

Y puesto que queréis conocerme os referiré mi suceso. Tengo la imaginación muy viva, el alma sensible y muy fina; es muy fácil agradarme y cautivar mi corazón, pero es muy difícil fijarme por mucho tiempo. Cuando empiezo á querer, todo lo veo por buena parte, y hago una especie de divinidad de lo que amo : cuando las circunstancias ó algun acontecimiento me privan de esta ilusión, conozco que mi amor no era mas que una fantasía infundada y le dejo, ó mas bien me despierto saliendo de un sueño gustoso que se desvanece á la luz de la verdad. ¡ Y con todo han tenido la injusticia de llamar inconstancia á este esfuerzo de razón! Yo no mudo por capricho ó fastidio; amo engañada, y desengañada olvido.

Habrà dos años que por mi desgracia me hallé competidora de Prudina; una inclinación reciente me ocupaba únicamente habia ya tres meses : la Encantadora manifestó algun cariño á mi amante, y esto me privó de la libertad; se apoderó de mí y me trajo aquí : atravesámos este jardín; me tenia agarrada de la mano, yo lloraba y me desconsolaba. No temas, Azelia, me dijo ella, no será muy cruel mi venganza; eres amable y muy atractiva, si tuvieses ménos ligereza serías un prodigio; y así, como á pesar mio te quiero, procuraré mas bien corregirte que castigarte. Estas amargas burlas de la Encantadora me asustaban mas y mas. Proseguimos andando, hasta que los bosques, el jardín y los árboles desaparecieron á nuestros ojos, y nos hallámos en una inmensa llanura, sin mas límite á la vista que el horizonte, y semejante al golpe de vista que ofrece un navío cuando está en alta mar; pero el movimiento y ruido de las olas, y los accidentes de la luz producidos por el sol que refleja sobre la superficie de las aguas, dan alguna alma á aquel cuadro; mas en la llanura en que estábamos ninguna cosa interrumpia la uniformidad del majestuoso y monótono espectáculo que teníamos delante. No se veían en ella, ni árboles, ni arbustos, ni flores; toda su extensión estaba cubierta de una yerba sumamente fina y de un verde hermosísimo : una calma profunda, un silencio perpétuo rei-

naban en aquella espaciosa soledad; no se veía ni un pájaro, ni un insecto, y el cielo de color de azul turquí muy vivo estaba puro y sin nubes.

La vista de aquel inmenso despoblado produjo al pronto en mí la mas agradable sensacion : atónita y embelesada me quedé inmóvil y sumergida en una especie de arrobamiento. Mucho me alegro, dijo Prudina, que te guste tanto este sitio; es propio para calmar la eficacia de una imaginacion demasiado ardiente; pero este efecto solo se puede esperar del tiempo y de las reflexiones. Por tanto quiero que te quedes aquí; jamas advertirás la menor mudanza, el cielo estará siempre sereno; ni una pequeña nube turbará jamas su pureza; no verás ni dia, ni noche, ni aurora; no padecerás mas la inconstancia de las estaciones : la yerba que pisas es inmortal, y la luz que te alumbrá se mantendrá siempre tan brillante como ahora. Al acabar estas palabras me sentenció á pasearme con paso igual y majestuoso por espacio de treinta años sobre aquella alfombra encantada, *á no ser*, añadió segun su cláusula acostumbrada, *que alguno de mis amantes deje de amarme sin que yo lo conozca.*

Desapareció, y al instante me vi obligada á andar con suma lentitud, sin poder apartarme á derecha ó izquierda, y sin poder adelantar ó acortar mis pasos, ó bien sentarme ó pararme. Esta obligacion de señalar continuamente una línea recta, caminando siempre al mismo paso lento, se me hizo muy penosa desde el primer instante, pero aun estaba léjos de conocer todo el horror de mi situacion. Consideraba todavía con admiracion y pasmo aquel inmenso y rico tapete verde terminado al horizonte por un círculo de color azul resplandeciente. ¿Es posible, decia yo, que lo azul, lo verde, este cielo y esta yerba formen un espectáculo tan extraordinario y magnífico? *grandeza y sencillez* producen las *ideas sublimes.*

Estas reflexiones, el recuerdo de mi amante y la esperanza de que era preciso que alguno de los suyos engañase á Prudina, estas ideas me hicieron llevar con mucha paciencia mi soledad por espacio de algunas horas; pero insensiblemente se fué enfriando mi admiracion; el disgusto sucedió al entusiasmo; la majestuosa inmensidad de aquella eterna llanura que á primera vista me habia embelesado, ya no me presentaba sino un espectáculo tan triste como insípido y monótono; mi única distraccion consistia en una pasion desgra-

ciada, mas esta memoria se iba borrando insensiblemente; mi imaginacion ya sosegada no me pintaba los objetos sino con colores débiles : mis pensamientos eran vagos, mis ideas involuntarias, en fin todas las ilusiones me abandonaban : huyó el amor de mi soledad, y me hallé sola en el universo.

Cuando la razon disipa los errores peligrosos, disfruta el alma de su victoria, y no hay duda que se complace en ella; pero si es glorioso el vencimiento de las pasiones, tambien es un dolor espantoso conocer que ellas nos dejan ó se aniquilan, porque nuestra imaginacion se apaga, y nuestro corazon se debilita. ¿Y cómo se podrá evitar esta horrible situacion si se carece de valor? ¿Cuál de las pasiones es duradera? Es indispensable que la razon nos libre de ellas, ó que el tiempo las consuma.

En aquel cruel estado continuaba tristemente mi línea recta; ya no lloraba, no podia mas que bostezar, sin tener fuerzas para affigirme : me hallaba angustiada y aniquilada bajo el intolerable peso del tedio. El único deseo, realmente eficaz que yo conservaba, era el de ver entes animados, árboles, casas y montes. El ver tan solo una nube me hubiera alegrado; una tronada, un relámpago, la lluvia me hubiera trasportado de gozo. ¡Oh, y cómo me acordaba de la noche, del resplandor de la luna, y de las estrellas! De manera, que cualquiera mudanza hubiera sido para mí un suceso el mas feliz : conocí que la sagaz y zelosa Prudina, al darme aquel extraño castigo, habia hallado el medio mas cruel para castigarme de la inconstancia que me echaba en cara.

¡Juzgad, señor, cuál sería mi alegría, prosiguió Azelia, cuando gracias á vuestro valor me hallé de repente con la facultad de correr y de pararme, y me vi en este jardin! Bien debéis comprender ahora por qué me he quedado; ningun deseo tengo de volver á ver á mi amante, que sin duda me habrá olvidado, pues hace diez y ocho meses que estamos separados.

Si por ventura se mantuviese fiel, me moleria con sus quejas y reconvenciones; me es, pues, imposible volver á mi patria : cualquiera otro país me es indiferente, y con tal que no vea llanura, ni yerba menuda, en cualquiera parte me estableceré sin repugnancia.

Al decir Azelia estas palabras me levanté, y haciendo con mi varita un círculo en el aire, mudé el palacio y jardines de Prudina en

una casa magnífica situada en lo alto de una montaña. Nos hallámos en un hermoso corredor, desde el cual se gozaba de una vista tan agradable como vária. Azelia estaba loca de contento al volver á ver cascadas, peñascos, precipicios, ruinas, cabañas, rebaños, y el mar; porque yo habia juntado en aquel espacio los objetos mas majestuosos y risueños que la naturaleza puede ofrecer.

Viendo á Azelia en un encantamiento inexplicable, le dije : Reina aquí, bella Azelia; si mi presencia te importuna, dílo : me apartaré de ti aunque me cueste la vida, aprecio en mas tu quietud que mi felicidad. La respuesta de Azelia manifestó mucho empacho y enternecimiento : despues volvió á su genio festivo y decidor, y conservó la misma alegría todo el dia; al ser de noche se puso cavilosa, manifestando una dulce melancolía, que le daba nuevas gracias, haciéndola tan amable que acabó de volverme el juicio.

Despues de la cena volvimos al corredor : al ver Azelia el cielo sembrado de estrellas se detiene, se estremece y contempla los cielos trasportada. ¡Oh qué espectáculo encantador! exclamó. En aquel instante me arrojé á sus piés, y me atreví á declararle el sumo amor que me habia inspirado. Azelia me escuchó sin interrumpirme; advertí que se inmutaba, y que vertía algunas lágrimas. La insté que me respondiese, calló algun tiempo; pero al fin enjugándose el llanto me dijo : ¡Oh Fanor! no soy insensible á tus beneficios, y mucho ménos á tu cariño; pero dame tiempo para conocerte y para consultar mi corazon : al decir esto se fué y me dejó.

Miré mi preciosa sortija, y conocí con sumo é indecible contento que Azelia me correspondia. Al dia siguiente le supliqué que se explicase. En verdad, me respondió, que temo engañarme y engañarte... No, adorable Azelia, exclamé yo arrojándome á sus piés : tú me amas, y no puedo dudar de mi dicha... Me detuve, porque conocí que Azelia juzgaba mi confianza por muy necia, y en efecto debia parecerle muy presuntuosa y ridícula : se enfadó, me trató con sequedad y despego; entónces yo enmendé mi yerro, fingiendo haber perdido toda esperanza. Esta ficcion que halagaba á su amor propio, hizo que se humanase, y en fin declaró que pagaba mi amor con el suyo, dignándose señalar el dia en que himeneo debia unir para siempre dos corazones que el amor habia inflamado tan prontamente.

La vispera de aquel dia feliz estaba yo en el corredor con Azelia, que tenia los ojos fijos sobre el mar que bañaba el pié del muro de la casa; estaba cavilando, y yo habia notado con sobresalto que en los dos dias anteriores andaba distraida y ménos cariñosa que de ordinario; no obstante no podia inquietarme con motivo, porque mi sortija se mantenía siempre con un color azul muy hermoso. Despues de un rato de silencio tomó Azelia la palabra : Deberias, me dijo, puesto que todo es posible á tu arte, allanar esas dos montañas, y hacer desaparecer aquellos peñascos; esa campiña está muy cargada, no halla la vista un punto determinado en donde fijarse; has puesto demasiadas cascadas, aquellos precipicios asombran la imaginacion, y el ruido de esos torrentes y del mar es tan triste, que oprime el corazon. ¿Qué es esto, Azelia, le dije suspirando, no te agrada ya este sitio? ¡No há mucho que te parecia tan bello! Puesto que lo mandas voy á desvanecerlo todo; pero amo este paraje : en él se ha dignado Azelia prometerme unir su suerte á la mia.

No me respondió, contentándose con mirarme tiernamente, y me alargó una mano, que yo besé con ardor : en aquel instante sus ojos se fijaron en mi sortija, sacándomela del dedo con aire distraido y descuidado, cosa que me causó alguna conmocion; pero no queriendo excitar sus sospechas, no me atreví á oponerme al deseo que manifestaba de verla de cerca. No puedo ver las turquesas, dijo Azelia, esta tiene un azul muy hermoso, pero la sortija es muy fea, y la piedra está muy mal engastada. Diciendo esto levanta el brazo, y sin que me fuese posible estorbarlo, ó por mejor decir imaginarlo, arroja al mar aquel tesoro inestimable á mis ojos, aquella preciosa sortija cuya posesion me era tan grata.

El exceso de mi sorpresa me dejó inmóvil, Azelia me miraba maliciosamente; prorrumpí en fin, y dije á Azelia mil injurias, la acusé de pérfida, y me desahugué sin modo ni medida, empleando todas las extravagancias que mi cólera violenta pudo sugerirme. Azelia me escuchó con sosiego, y luego que hube dejado de hablar, dijo : Confieso que sabia muy bien la virtud de esa maldita sortija; hace algunos dias que tenia bastantes sospechas, y ayer por fin supe arrancar este secreto á Zumio con bastante maña... — ¡Ah pérfido Zumio! exclamé. — No ha creído haceros traicion, replicó Azelia, yo he sabido persuadirle que todo lo sabia, y así no ha quebrantado el